

Opinión

Guerra fría, el factor ideológico



Raimundo Viejo Viñas

Hace apenas unos días, en un artículo publicado en *Política Exterior*, el analista y escritor Andrés Ortega sostenía la inadecuación de la expresión “Guerra Fría” a la hora de dar cuenta de la tensión creciente entre EEUU y China. Los argumentos que exponía no eran pocos ni inconsistentes. Tampoco lo era incidir en el desenfoque que desde un punto de vista analítico podría traer consigo evocar la Guerra Fría como marco interpretativo. El autor concluía su intervención apremiándonos a encontrar otra expresión más acertada. Proponía para ello adoptar la solución acuñada por Rana Foroohar, del *Financial Times*, cuando se refería a esta rivalidad emergente como una “codependencia destructiva”.

No es mal diagnóstico para la dinámica que, de facto, rige las relaciones entre ambos países. Como bien se suele advertir, no estamos ante un simple retorno a la Guerra Fría. Pero sí ante una dinámica de simbiosis competitiva entre una superpotencia que no quiere dejar de serlo y una candidata a sustituirla que no renuncia al primer puesto. Con todo, en este análisis hay un aspecto ausente, en el que resulta conveniente insistir a fin de entender las implicaciones, más o menos deliberadas, de ese confortable recurso cotidiano al símil de la Guerra Fría. Nos estamos refiriendo al factor ideológico.

Cierto es que, de antiguo, las relaciones internacionales han sido terreno abonado para la realpolitik. A nadie escapa la fuerte resonancia de la expresión “Guerra Fría” si nos referimos a las relaciones entre EEUU y China. Rápido se nos viene a la mente el decisivo encuentro de Nixon y Mao allá por 1972. El impacto ideológicamente transversal de ambos líderes reunidos en un mundo dividido por dos bloques antagónicos operaba entonces en un sentido opuesto al actual: una distensión de las relaciones entre norteamericanos y chinos aumentaba la presión sobre el tercero ausente, la URSS. No es de sorprender que en el marco de la Guerra de Ucrania unos y otros busquen ahora tanto la foto con China.

Pero la realpolitik no se hace por la parte que nos toca a las democracias occidentales sin pasar por un proceso de legitimación que requiere del concurso de la opinión pública. Aquí es donde entra en juego el factor ideológico y el eficaz papel de la perezosa expresión “Guerra Fría” para hablar de las relaciones entre China y

EEUU. Su función no es tanto analítica o descriptiva como útil al ordenamiento de la opinión pública occidental. A diferencia de Putin o Xi Jinping, Biden o sus colegas europeos han de tomar sus decisiones en atención a la performatividad de sus discursos en la esfera pública y a la capacidad de estos, por tanto, para establecer su papel en el tablero global.

Si atendemos a esa función articuladora del discurso democrático, la expresión “Guerra Fría” se demuestra, cuando menos, un recurso cuya ambivalencia no debería tanto conducir a ser borrada de un plumazo, cuanto a resituirla en el debate, problematizarla y evaluar sus ventajas e inconvenientes. Sabemos a ciencia cierta que no hay parangón entre la rivalidad que hoy mantienen China y EEUU si la comparamos con la que durante cuatro décadas mantuvo al planeta en vilo bajo la amenaza de una guerra nuclear. Pero el propio uso propagandístico que Putin hace de sus arsenales nucleares nos da ya una idea de la importancia que puede tener emplear el comodín “Guerra Fría” en lo que hace a la disputa por hegemonizar a cada momento el estado de opinión occidental.

La evocación de la “Guerra Fría” sigue teniendo un papel tan decisivo como asimétrico sobre la política europea. Si se evoca en el debate público no debería olvidarse hasta qué punto es la más reciente de las cicatrices que marcan nuestra historia e identidad. La “Guerra Fría” resuena en cada país europeo de manera diferente según sea la historia de su democratización. Para las potencias de la Europa occidental, que no llegaron a perder la democracia o la recuperaron pronto, es algo bien distinto de lo que es para los países del sur mediterráneo, que hubieron de esperar al fin de sus dictaduras militares, por demás funcionales a la geopolítica de la OTAN. Mayor aún es la asimetría que se abre respecto a los países de Europa central y oriental, un día satélites de la URSS en el Pacto de Varsovia, y que tan a menudo arrastran la consolidación democrática como asignatura pendiente.

En común, sin embargo, la “Guerra Fría” puede ser un periodo del pasado reciente sobre el que recapacitar, con el que diagnosticar nuestras distintas trayectorias en el proyecto europeo común y pensar la reubicación a la que aspiramos para una Europa unida en la complicada escena global actual. Después de todo, el europeísmo sigue siendo un requisito inexcusable para recuperar un papel protagonista hoy mermado por la Guerra de Ucrania.

Profesor colaborador de OBS Business School

Chat Gpt: la espía que surgió del frío



Marco Bolognini

Cuando uno de sus atónitos ministros le preguntó cómo le localizarían y traerían a Israel para ser juzgado, el primer ministro David Ben Gurion respondió con naturalidad. Para misiones como esa se había creado el servicio secreto israelí, que debía representar la excelencia a escala mundial.

En efecto, encontrar al criminal nazista Adolf Eichmann en el año 1960, sin más referencias que unos vagos rumores, se asemejaba a buscar una aguja en un pajar. No existían sistemas de geolocalización ni internet, la inteligencia artificial asomaba en estado embrionario en la literatura de ciencia ficción y los medios tecnológicos a disposición de los 007 eran poco menos que rudimentarios.

La Operación Garibaldi, así denominada por el nombre de la calle bonaerense en la que residía el responsable logístico de las deportaciones de judíos, marcó un antes y un después en las técnicas de búsquedas de fugitivos y emboscados. Por un cúmulo de circunstancias, ciertamente afortunadas, pero también fruto de una meticulosa labor de investigación, el Mosad logró identificar el lugar exacto en Argentina en el que Eichmann vivía una apacible segunda existencia como comercial de Mercedes Benz. Los espías israelíes lo apresaron y trasladaron furtivamente (no sin consecuencias políticas) a Israel para ser juzgado y, posteriormente, ejecutado.

Los historiadores apuntan a ese momento en concreto, como uno de los más importantes de la Historia moderna.

Quedó demostrado que no existían refugios seguros para los autores de la Shoá y que el joven Estado de Israel aplicaría su pericia y su constancia en la afirmación de una política decidida e implacable. Sus 007 encontrarían a los criminales nazis por doquier, con o sin la ayuda de los países en los que éstos se hospedaban.

Invito a los lectores a documentarse sobre los pormenores de la captura de Eichmann, ocurrida tan solo hace sesenta años, y que hoy parece ciencia ficción, pero al revés: casualidades, intuición, trabajo duro, frialdad de ejecución y toda una serie de otros factores muy humanos que fueron determinantes para encontrar la aguja nazi en el pajar argentino. ¿Tecnología aplicada al caso? Cero. Los ocho agentes del Mosad que realizaron la operación no tenían ni siquiera la posibilidad de hablar entre ellos por un teléfono móvil.

Aparte del interés histórico en sí, las vicisitudes del caso Eichmann invitan a más reflexiones, especialmente sobre el rol de la tecnología moderna. Imaginaros la misma operación hoy en día. Ciertamente, sería oportuno confiar en la labor, muy humana, de los espías para recopilar informaciones, pero el componente tecnológico sería determinante para el éxito de la acción. Es verosímil pensar que las herramientas tecnológicas probabilísticas ayudarían a identificar con mucha más rapidez el cobijo del criminal. La geolocalización haría lo suyo, así como el rastreo de sistemas de pago y el reconocimiento facial por inteligencia artificial.

En otras palabras, el uso bienintencionado de las modernas tecnologías favorecería claramente la eficiencia en la captura de un criminal de ese porte, tal y como ocurrió recientemente con el caso de Osama Bin Laden. Mientras especulamos sobre estos temas, Italia acaba de prohibir el uso en territorio transalpino de Chat Gpt, de Open AI, por poner en serio riesgo la privacidad de los datos de sus ciudadanos.

Sin que se pueda suponer ninguna relación entre las dos cosas, unos pocos días antes Elon Musk (sí, el mismo) sus-

cribía un manifiesto, junto con un millar de otros personajes conocidos, pidiendo la suspensión de Chat Gpt por entrañar peligros incalculables para la raza humana.

Los juristas, metidos a sociólogos y futurólogos, ya están manifestando sus distintos puntos de vista, acompañados por la plétora de opinadores variados que tratan de defender una u otra postura. A favor, en contra o mediopensionistas.

Nos sumamos a ellos y a nuestra manera, con material para la reflexión. Básicamente, las escuelas de pensamiento –jurídico y social– se dividen en tres macro corrientes. Por un lado, los que opinan que habría que regular al Chat Gpt en sí, incluyendo en particular el sistema mismo de gestación de su conocimiento autónomo a través de la elaboración-digestión de los datos recopilados. Digamos que estos serían los partidarios de la regulación ab origen. Por el otro, en cambio, se ubican los que abogan por regular el uso que se hace del Chat Gpt, no su proceso gestacional.

Encorsetamiento

Pocos, muy pocos, sostienen que cualquier regulación sería un inútil encorsetamiento, pues no se pueden poner puertas al mar. En su opinión, el Chat Gpt no es más que la punta de un iceberg imparables en su afloración.



@costhanzo

Volviendo a los espías, la prohibición italiana afecta también al uso y posible desarrollo que, de ello, podían (y querían) hacer los servicios secretos transalpinos.

Se rumorea que la indignación serpentea por los pasillos del espionaje italiano, pues se les va a privar de un instrumento valioso para sus labores y se les deja en una posición de inferioridad competitiva con sus homólogos extranjeros.

Sobre ello, se planteará probablemente una incómoda consulta parlamentaria. No es sencillo decantarse, a ciencia cierta y con convicción, por una u otra postura. Tan solo queda reportar una sensación, un escalofrío que recorre el cuerpo del usuario al leer las respuestas que da Chat Gpt al ser preguntado sobre el veto italiano o el manifiesto alarmista suscrito por Elon Musk.

Si se atreven a hacerlo, se empacharán de las líneas más políticamente correctas que vayan a leer en mucho tiempo. Es la máquina que disimula y finge, que afirma no pensar mientras trata de hacerlo. Quiere distribuir serenidad y corrección política a manos llenas. Todo eso, con franqueza, no suena especialmente bien.

Abogado